

Matías Camuñas

Macarri José

- *La Revista SIC publicó en Abril de 1992 el artículo El menor.*
- *Ese artículo fue la denuncia ante la Fiscalía sobre torturas y malos tratos contra el menor.*
- *Amnistía Internacional recibió el artículo y envió una comisión que se entrevistó con el menor.*
- *A.I. convocó a una acción de urgencia contra la tortura en Venezuela, recibándose cientos de cartas y telegramas en contra de esta práctica tan «normal» en la policía venezolana.*
- *El pasado 10 de Octubre fue abaleado y muerto el menor, en el barrio que lo vio nacer.*

Parece ser que hay un gran revuelo en la corte celestial. Gente con cara cañón lamentando que, desde la llegada del Nazareno, se perdió la tranquilidad y la paz de los justos. Y es que antes de que ese tal Jesús, hijo de María y de José, estuviera entre los caminos de los humanos y tuviese por amigos a los tristemente célebres pecadores públicos, ladrones, vagabundos, leprosos y ciegos del camino... antes de que admirara los pájaros y la orilla del lago, sembrando la semilla y maizales, antes, repite, había paz y las cosas estaban en su sitio: los justos, justos eran. Pero ahora.. que si el ladrón que a última hora le roba un poco de cielo al Crucificado, que si la mujer adúltera, que si las prostitutas y mujeres de mal vivir, que si... todo ese gentío. Según el Nazareno; y que amaban mucho, y, por eso, puerta abierta. Y ahora, el que faltaba: Macarri José, el malandro del barrio, también ha sido recibido. ¿Quién entiende a Dios Padre bueno que no abandona a sus hijos...? ¿Quién? Porque hay gente que le está echando en cara al mismo Señor Dios de la Vida que esto ya es demasiado, que Macarri José atracó mucho, y asaltaba camionetas, que era un malandro... (sin que sea un chisme, pero ya y que atracó a su propia mamá y le robó besos del corazón de madre, besos de cinco años de muerta y separada del hijo. Ahora, Ramona y Macarri José, la mamá y el hijo pequeño, juntos, para no separarse más nunca).

Esa noche estaba limpiquito, estaba hecho un pavo: camisa blanca, manga larga, pantalón oscuro de vestir, zapatos nuevos y bien perfumado. Encima de su camisa blanca, la cruz de madera, recuerdo de quien tanto quería. En ella Jesús, el Cristo, murió para que él, joven de 18 años, viviera intencionalmente.

La fiesta para el muchacho de barrio es la mejor convocatoria al encuentro, la amistad, el intercambio; son los pavos y pavas los que, haciendo gala de su incipiente juven-

tud, bailan, ríen, pavonean, levantan amores y más de uno no tarda en pasarse de tragos. Estos muchachos, niños aún, juegan —sin saber el juego— a ser adultos: tienen hijos y siguen siendo niños; beben y a los dos tragos están rascaos; trasnochando y andan como sonámbulos; se las dan de hombres —«soy un varón»— y necesitan repetírselo porque ni ellos mismos se lo creen. Se las tiran de duros y tiemblan de fragilidad.

Son niños solos, abandonados, dejados a la deriva. La mayoría de sus padres están separados y no son pocos los que tienen problemas con su padrastro. Cuántos jóvenes, hijos o hijastros han presenciado infinidad de veces a su papá rascao. Unos que se caen subiendo la escalera, otros que pegan a la mamá o a ellos mismos. Cuando se le oye subir, la mamá tiembla. Más de un muchacho ha visto a su padrastro drogándose en el baño, a su mismo papá con otros dos amigos consumiendo marihuana o a su tío vender todos los días basuco y cocaína. Así me lo confesaron.

¿Y entonces?

A Macarri José cuando era pequeño se le pegaba duro con la manguera. Palo y palo. Por cierto que Macarri y sus hermanos también sufrieron lo de otros muchos. Sus padres no se entendieron y terminaron separándose. Era muy niño cuando se dio cuenta de que su papá no dormía en casa, que se había ido. Siguiendo con separaciones... Ramona muere cuando Macarri José tiene 12 años; la abuela se va a Valencia con alguno de sus tíos; los hermanos venden la casa y, cuando menos lo piensa, nuestro pequeño amigo ha vivido en su corta edad muchas noches despierto en retenes, comisarías y al cielo raso. Y mientras que se multiplican sus fechorías, en la misma medida vienen las torturas, los maltratos y un sin fin de humillaciones.

¿Quién no recuerda cuando el funcionario de la PM lo detiene en el barrio? Después de una verdadera cacería de 18 lobos frustrados de policías, y golpeado hasta la saciedad, esposado a una ventana, le quemaron con el encendedor su brazo derecho, produciéndole una quemadura de más de 10 centímetros. ¿Quién del barrio no recuerda cuando el mismo funcionario le agarra de los cabellos y le golpea la cabeza contra el carro policial? ¿Quién no vio en su cuerpo las huellas y cicatrices de torturas en Zona 7 de la PM, en la PTJ de El Llanito, en la PTJ de Cochechito? La Juez segunda de menores me llamó horrorizada por el estado de Macarri José después de estar unos días en

PTJ de El Llanito y Cochecito... No podía tenerse en pie. Le golpearon las rodillas con bates... Aquella confesión del menor... «Está bueno que me peguen, pero no me den tan duro»...

El torturador oficial que tortura a un menor no es un hombre en su sano juicio. Es un enfermo mental, peligroso para la sociedad. Esos torturadores que valiéndose de la cobarde impunidad que rige en el país hacen que jóvenes como Macarri José pierdan el control de su persona y los vuelvan como fierecillas heridas. Esos torturadores que dan corriente eléctrica a los jóvenes en las bolas, en los oídos, en los pies. Esos policías que utilizan el «submarino seco», bolsas en la cabeza tapando hasta la asfixia el rostro del joven, y rociándolo con baigón... ¿Quién puede contar, quién puede escribir sobre el dolor de un niño, sobre el llanto de un adolescente, quién? ¿Qué siente Macarri José cuando entre 4 funcionarios le guindan, esposado, de un gancho y le maltratan hasta hacerle orinar sangre? y ¿qué sentirá cualquier hombre torturado cuando su vecino ve que lo están maltratando y se queda callado, da la vuelta y se va?

La fiesta estaba buena. Se encontraron los amigos del barrio y los panitas de otros barrios. Las pavas estaban como capullos que revientan. Cinco o seis veces se repite el disco de Tito Rojas «Nada es eterno». (El himno de los Sicarios entre los países de Medellín). La echadera de bromas de un primer momento ha dado paso a la nostalgia, la emoción, los cariños, la arrimadera. Las cervezas hacen su efecto. Macarri José, que no sabe bailar, que nunca baila en la fiesta, esa noche sí, está bailando y bailando, pero me confiesa la negrita que lo enamoró esa noche que le pisaba mucho. Y ¿cómo fue que te enamoraste de Macarri, negrita linda, si él era chiquito, malandro y bullero?, le digo, ¿qué es lo que más te gustaba de él? Un suspiro fue la respuesta de la negrita linda que esa noche enamoró a Macarri José. «Todo, de él me gustaba todo».

Esa noche la mujer de Macarri José le había dicho eso de «mi amor, no vuelvas tarde». Ella no quiso ir a la fiesta porque la niña, su hija de dos meses, estaba con gripe. Te prometo que regreso pronto, le aseguró el galán, dejando a la joven compañera satisfecha y segura del amor de este joven y ya famoso marido. Eran ya las 9 de la mañana cuando avisaron a Mayelis que hacía unas horas había sido herido de bala su amor y corrió ansiosa hasta la cabecera de su querido Macarri José. «Malandra de corazón bueno» le llamaba yo con frecuencia.

Mujer que ha querido a este muchacho hasta la locura. Recuerdo cuando fue herido de bala en la garganta y durante cinco días Mayelis no se ha separado de su cabecera, cinco noches sin descansar ni dormir, pendiente del herido, siendo su enfermera, allá en el hospital de Ocumare. O en Cumana-coa, cuando para alejarlo del peligro lo envió a Oriente. Las colas que ha hecho en las puertas de retenes y cárceles, para llevarle comida y presencia, cariño y amor joven.

La fiesta había terminado. Los convives del otro barrio ya se habían retirado. Vámonos, Macarri, vámonos, le repiten el hermano, los amigos, la chica... Se oyen rumores de muerte bajito de la misma música, repetida hasta la saciedad. «Esta noche voy a morir», le han oído confesar. «No hables así, papi», responde asustada la negrita. «Quiero que me velen en el barrio, que se escuche la música que me gusta y que tú bailes delante del ataúd».

La mañana del día 12 de Octubre. Todo el barrio estaba ahí. En la casa de la comunidad, en la platabanda, en el cerro-anfiteatro. Están bailando el Nada es eterno. De nuevo en poco tiempo, Macarri José, aunque muerto, está bailando y eso que él no sabía bailar. Una negrita delante. Una mujer, una comunidad, un barrio. Niños, jóvenes, mayores y viejas. Malandros —aunque ni tantos— y gente formal.

Una pregunta que me han hecho y que se la devuelvo a Ustedes: Macarri José, con ese historial conocido, asesinado a los 18 años, odiado por tantas personas, querido por otras, ¿qué ha hecho con su muerte? ¿Ha reunido al barrio? ¿O lo ha unido, a un barrio tan dividido?

Porque lo que es cierto es que todo el barrio estaba diciendo adiós a Macarri José. ¿Por qué lloraba tanta gente?

Una vez más el policía se ha hecho objeto del repudio popular. Esta vez ha sido la alcaldía. Al ver a los niños recoger una platica solidaria para comprar la corona, han insultado el cadáver de Macarri José. «Ese era una rata, una lacra, un tronco de malandro, para qué van a recoger plata para esa basura...»

Fue abaleado por el Chito a las 2 a.m. Fueron dos disparos mortales que le destruyeron el hígado. Dos disparos traicioneros que no quisieron oír la súplica de la negrita: «No le dispaes, chamo. No lo mates». Al hacerle la autopsia se pudo comprobar que los pulmones también los tenía mal, debido al basuco. ¿Por qué disparó contra Macarri José? Dicen que tenían culebra por una vieja bicicleta. Por eso mataron a nuestro

joven. Al mismo que había salido vivo de muchas otras embestidas de muerte... pero esta vez sí. Esta vez acertaron a bocajarro, cuando estaba rascao y no tenía posibilidad de eludir la muerte, esta vez sí se cumplió la salsa. Sin embargo, para la historia del buen malandro, Macarri José no murió de bala. Murió porque se bebió un vaso de suero después de la operación.

Dicen que me llamaba con insistencia: «Llamen al P. Matías, llámenlo», repetía. Y en todas las ocasiones anteriores llegué a tiempo. Esta vez no. Murió a la 1,30 de la tarde del domingo 10 de Octubre de 1993. Más o menos a la hora que me avisaron, cuando se lo llevaron para hacerle la autopsia legal. Aún conservaba la pequeña esperanza de que saliera vivo, de que esta vez también saliera libre... Los niños que pedían esa platica solidaria a los choferes de la vía me hicieron llorar ante la certeza de que Macarri José, este joven-niño a quien tanto quería, había sido arrancado de nosotros. Macarri estaba muerto. Dormida su sonrisa.

Fue velado en la casa de la Comunidad Cristiana de su Barrio, acompañado de su papá, sus hermanos y tíos, su mujer, sus noviecitas, sus amigos, sus panas de siempre y mucho cariño. Se le rezó y cantó durante la noche del día lunes 11 de Octubre y fue enterrado en un cerro muy feo del Cementerio del Sur, junto a los pobres de Venezuela. Todas las noches, a las 8, nos reunimos un grupo de hermanos para rezar el novenario.

Yo sé que anda apareciéndose por ahí. Y sé que cualquier día lo voy a ver con alas de angel y un corazón grande de escarcha blanca con una inscripción: SONRISA GRANDE QUE AL CIELO ENTRASTE, ACORDATE DE NOSOTROS.

Macarri José: descansa en paz y amor. Con Jesús, con tu mamá, con Dios Padrebueno, con el Dr. José Gregorio, con la Virgen de Coromoto y San José, con Mons. Romero —que conociste—, con el buen ladrón... Adiós por siempre, adiós.

Ahora, la rumba es allá arriba, en la Corte Celestial. Porque ese hijo pródigo que andaba perdido, ha regresado y eso hay que celebrarlo. Que se oiga la música, ordena el Jefe, Dios Padrebueno. Todo el mundo a bailar.

(Esta noche, al pasar con el Jeep por la esquina del barrio vecino, ví a un muchacho y me pareció Macarri José. No era él, pero está corriendo el mismo peligro. Tengo miedo que el siguiente joven, muerto antes de tiempo, sea él).